

DEMOCRACIA Y
CENTRO POLITICO
EN AMERICA LATINA

Luis Verdesoto

INTRODUCCION

En este artículo queremos generalizar —en la medida de lo posible— varios temas que aparecen ligados de modo recurrentes a los procesos de redemocratización de varios países del área y a aquéllos que tienden a estabilizar sistemas democrático—representativos. La reflexión se centra en las características que asume la gestión política democrática cuando se opera a través de partidos y fuerzas de centro del espectro político.

Dos problemáticas configuran el artículo. De un lado, intentamos una definición de términos. Asumimos el riesgo de una definición incompleta y restrictiva. No obstante, es importante evitar peticiones de principio. De otro lado, la gestión política de los partidos y fuerzas de centro nos permite reflexionar críticamente sobre las alternativas que se le presentan. Pretendemos adentrarnos en un discurso próximo a la evaluación de la conducta política de los actores desde una perspectiva global, general y sin reconstruir los acontecimientos.

La democracia es entendida como participación de los actores y, particularmente, del movimiento popular en el hecho político. También planteamos la cuestión de la organicidad de la representación política, ya que el centro se autoimagina como una salida de modernización y reforma progresivas y, desde esta perspectiva, intenta orientar establemente los comportamientos de una amplia gama clasista.

Hemos limitado al mínimo las referencias concretas para evitar imprecisiones en la interpretación de las diversas coyunturas que, en todo caso, son más ricas que la generalización. También se han evitado las citas bibliográficas por el carácter ensayístico del artículo, al que no cabía revestirle de una sistematicidad que no la tiene.

Quito, febrero 1982

I. NOTAS PARA LA DEFINICION DE CENTRO POLITICO

1) La definición de centro que se presenta comúnmente en la literatura política latinoamericana es negativa. Se basa en cortes proporcionales a un espectro político cuya naturaleza es lineal. De este modo es fácil ubicar a los extremos. La gama de fuerzas políticas de orientación ideológica marxista constituye uno. En tanto el otro, lo forman los actores políticos que proponen una organización neoliberal de la economía y la política. En uno y otro extremo, el punto de contacto sería la prescindencia de formas democrático—representativas como medio final para conseguir la sociedad conservadora o la ruptura revolucionaria, en su caso.

Definidos los extremos, el campo intermedio estaría ocupado por las fuerzas políticas de centro. La proximidad o alejamiento de uno de los extremos califica a las opciones de centro. En este sentido la definición es negativa y no aporta contenidos con certeza científica y política. Tampoco lo hace la visión linealmente homogénea que, además, omite en su descripción la "calidad" de los períodos históricos por los que atraviesa una formación social.

2) Es evidente la variación histórica y coyuntural de la definición de centro político. No sólo cambian las opciones del espectro político en función de las tareas históricas que la sociedad se propone, sino varía la posición de las fuerzas frente a cada cuestión política. En el primer sentido, la fase de ascenso o descenso de una clase fundamental de una formación social y el grado de constitución política de los sujetos sociales definen la composición del espectro, que es necesariamente cualitativa.

En el segundo sentido, la opción que cada fuerza política adopte respecto a la contradicción principal en resolución definirá, en la situación concreta, su ubicación en el espectro para el período.

Tiempo y política, estructura y coyuntura, historia viva e historia muerta evidencian ante la mirada de la dirección política la composición del espectro, los campos amigos y enemigos y las fuerzas, condiciones y tareas que deben afrontar su táctica y su estrategia. Inversamente, la relación orgánica entre táctica y estrategia define al espectro político, en tanto la contradicción principal en resolución articula y levanta al primer lugar del escenario político a la contradicción fundamental.

3) Los discursos de los partidos de centro pueden ser clasificados, gruesamente, a partir del tipo de relación que se plantean con los extremos. Estas vinculaciones son y no pueden ser sino contingentes y se enmarcan necesariamente en la naturaleza "ternaria" de la lucha política estatal y social.

En este sentido, los entendemos como organizaciones políticas que pretenden descalificar a los extremos constituyéndose en tercera alternativa por medio de dos tácticas: a través de la mediación del enfrentamiento entre los extremos, a los cuales acuden como sustento ocasional e inorgánico; o, a través de la exclusión de los extremos en la gestión pública o social, imputándoles cotidianamente un supuesto carácter antiinstitucional.

Desde la óptica del comportamiento político de corto plazo, las formas y contenidos de lucha de los extremos definen la composición del centro político. En este sentido, el centro se define por la posición relativa de la sociedad frente a la crisis inorgánica o frente al equilibrio, estable o inestable.

En los períodos de equilibrio generan una imagen de sí mismos, en la que se constituyen en representantes de un conjunto pluriclasista, que como tal estaría ajeno a eventuales crisis. Ante la sociedad proyectan la necesidad de que el movimiento social y las corporaciones asuman la conducción estatal y manifiesten su aceptación de esa racionalidad.

En situaciones precríticas los partidos de centro se erigen como soluciones de compromiso, que pretenden arrebatar toda la representatividad a los extremos. En la crisis orgánica desa-

parece el espacio del centro y los extremos se agigantan. La tarea principal es ganar el centro y la salida de la crisis depende de la correlación de fuerzas.

En suma, sólo en los períodos de equilibrio es posible que los partidos de centro ejerzan dirección. Su imagen de autoridad basada en el compromiso es destruida por la lógica de la crisis y de los extremos en ella.

4) En períodos de crisis, el tiempo político tiende a condensar el tiempo social y a su estructura compleja de contradicciones. Los conflictos sociales y políticos se presentan en la superficie con toda su intensidad y la resolución de la crisis depende de la utilización de la forma de lucha adecuada. La crisis expresa fielmente las fuerzas y los parámetros del conflicto de clases fundamentales e inaugura un nuevo proceso de naturaleza cualitativamente distinta.

En la superficie política se polarizan los actores en función del conflicto. Los extremos personifican al proceso en deterioro y al nuevo proceso. El centro político no representa una opción, ya que recuperar el antiguo equilibrio no es posible más y proponer una nueva forma de equilibrio no es posible aún. Crear un nuevo equilibrio históricamente progresista o regresivo supone que un extremo y las fuerzas que se aglutinaron a su alrededor hayan sometido establemente al adversario. El nuevo equilibrio implica una cierta continuidad entre las fuerzas sociales que entraron al enfrentamiento, pero una relación de estructura distinta. El nuevo centro del proceso que se inaugura, tampoco puede ser igual. Los aspectos de identidad del viejo proceso no se renuevan y, consiguientemente, el centro del nuevo proceso no puede ser jamás el mismo.

En un período de equilibrio político el centro es significativo del tipo de relación entre los extremos y de la posición relativa de la sociedad frente a la crisis. El grado y la intensidad del conflicto condicionan el comportamiento político del centro e incluso modifican su naturaleza. Igualmente, el rol que juega el centro en los momentos precríticos y el modo como sus flancos son apropiados por los extremos, condicionan la naturaleza y la intensidad de la salida a la crisis.

La resolución política de la crisis excluye al centro. El triunfador de la correlación de fuerzas y dirigente del nuevo equilibrio político global (progresivo o regresivo) toma el poder. En la crisis los extremos agigantados aglutinan fuerzas y ejercen dirección sobre los aliados y se relacionan con sus ad-

versarios a través de una lógica compulsiva. En suma, el centro desaparece y la lógica política global es el ascenso de los extremos.

Frente a la crisis y a los actores políticos el centro pretende recobrar el antiguo equilibrio y conducir globalmente el proceso. Las masas desatan fuerzas creadoras en diversos sentidos y su espontaneidad puede ser mediada por la violencia. La reducción de los efectos disgregadores de la práctica de las masas corresponde a la dirección consciente orgánica, que empuja por una salida a la crisis.

Al desaparecer el centro (fraccionarse entre los extremos) no existe sino como fuerza de apoyo de los sectores fundamentales.

Sin embargo, de la crisis orgánica pueden producirse salidas "cesaristas", aun cuando en la cresta de la ola de la crisis se ensanchan las alternativas de lo posible. Entre ellas, el viejo centro, dependiendo de las características de la correlación de fuerzas, puede convertirse en un actor "independiente" en el corto plazo de los extremos, enfrentados proponiendo una salida progresiva o regresiva.

Este tipo de salidas a una coyuntura de crisis supone que el centro, por las características peculiares de la correlación de fuerzas, ha logrado descalificar a los extremos. Fundamentalmente a la dirección política e ideológica de las subalternas. Entonces se ha gestado en un nuevo equilibrio.

5) Es un problema complejo intentar definir la relación entre los actores de centro político que personifican posiciones de clase en la coyuntura y las clases determinadas estructuralmente y visibles empíricamente.

En primera instancia, las organizaciones políticas de centro se plantean como respuesta política a las demandas de una amplia gama clasista y portadores, consiguientemente, de la universalización del Estado y la política. Sobre estas bases empujan procesos de redemocratización o de estabilización de la democracia dirigidos tendencialmente hacia la institucionalización del dominio y del conflicto político.

En sus acciones estratégicas plantean la modernización y las reformas sociales, que serían posibles a partir de un crecimiento económico equilibrado y con mecanismos de concertación política perfectibles. Así, las crisis, cualquiera que fuese su matriz o su dimensión, deben ser evitadas por cualquier medio.

Las organizaciones políticas de centro tienen diversas composiciones clasistas en el campo popular y entre las fracciones burguesas, respecto a quienes pretenden constituirse en foco de unificación política de clase. El pluriclasismo suele soldarse a través de los sectores medios de la gestión estatal y de la producción, en quienes se asientan organizativamente.

Los sectores medios actúan como correas de comunicación ideológica entre los componentes sociales de las organizaciones de centro y, fundamentalmente, actúan frente a las diversas clases populares como agentes de indiferenciación. Las organizaciones de centro no se plantean como espacios de alianza de partes distintas(*), sino que se convierten en objeto de dirección a la fracción del movimiento popular orgánicamente vinculada.

Sin embargo, las organizaciones políticas de centro no son meras personificaciones en las “clases intermedias” de alianzas entre algunas fracciones burguesas. La relación orgánica del centro y la burguesía —cuando se produce— es la relación entre dirigentes y dirigidos. El dirigente orienta los comportamientos de la masa dirigida y le confiere unidad ideológica y rol político, más allá de lo empíricamente observable como los intereses producto de la homogeneidad económica de clases.

El asiento social privilegiado de las organizaciones de centro en los sectores medios les hace proyectar una imagen técnica y burocrática, que en tanto discurso programático político tiene cierta coherencia por sí misma. De este modo se configuran en actores políticos en la coyuntura, que incluso sobreviven a crisis orgánicas con su base social burguesa. Este carácter complejiza el problema de las alianzas desde la perspectiva del movimiento popular, ya que la base social es objetivamente pluriclasista, sus nexos orgánicos políticos hacia diversas clases pueden variar y la profundidad de la organización del movimiento popular puede imponerles ciertos comportamientos y cambios en el rol político en la coyuntura.

El problema de las relaciones entre el centro y el bloque en el poder es peculiar en los países de la región en los que se ha producido la unificación política burguesa de clase en el Estado. Varios componentes de la historia de formación de las clases y del Estado capitalista condicionan la conformación del centro político. De un lado, clases “gelatinosas” y sin presen-

* Los obreros y otros sectores populares pierden identidad o no la alcanzan políticamente. Se insertan en esas organizaciones como masas indiferenciadas de clase.

cia económica o ideológica nacional; y, de otro, Estados que toman la iniciativa frente a la sociedad que se rezaga y actúan como generadores de nuevas clases y fracciones.

Así, la constitución de un sistema hegemónico es un proceso con intermitentes crisis que nacen en el escaso grado de heterogeneidad exterior y homogeneidad interior de las clases y en su presencia política poco clara y distinta. Las organizaciones políticas expresan esta debilidad estructural en la relación dirigentes y dirigidos, que no alcanza a ser una voluntad colectiva orgánica estable. A la debilidad corresponde la "corporativización" de la política y la deslegitimación de los aparatos políticos en situaciones precríticas.

En el proceso de construcción de un sistema hegemónico desde la sociedad las organizaciones políticas de centro proyectan la necesidad de constituir un Estado eficiente y moderno y un sistema de partidos plenamente estructurado que permitan legitimar establemente al sistema político. Siendo este su objetivo estratégico acuden a diversos medios que se traducen en formas de democratización gradual.

La estrategia para lograr su imagen—objetivo se cumple a través de dos acciones simultáneas. De un lado, construyen su relación orgánica con el bloque en el poder armando una institucionalidad política para desestructurar las demandas disruptivas del movimiento popular. De otro lado, forman organizaciones populares con asiento en las masas más atrasadas que les permita asegurar bases de consenso pasivo y bloquear una alternativa propia del campo popular.

6) Los proyectos de las organizaciones de centro para estabilizar la dominación política a través de la orientación de los comportamientos de las clases fundamentales asentados en el consenso pasivo y en la "participación" no disruptiva de las clases subordinadas tienen relaciones puntuales con los proyectos populares por la estabilidad, extensión y profundidad de la democracia, las formas de redemocratización y la socialización del poder.

La relación entre socialización del poder y democracia en los proyectos del movimiento popular trasciende a las visiones crítico-clásicas, tanto a nivel de la práctica social, como en la elaboración conceptual que se tiene de ella. En ningún caso, se sostiene que la democracia se reduce a un método de clase, que encubre políticamente a la riqueza y a la violencia estatal. En los proyectos populares se trata de no excluir otros temas de

naturaleza estratégica. Así, el planteamiento de conversión de la democracia capitalista tiene líneas de continuidad con los temas y estrategia de profundización y extensión de la democracia. Nos referimos a cierta sustancialidad común dentro de diferencias específicas irreductibles.

Las diferencias parten de la concepción del Estado y la lucha política como formas de uso de la violencia para la organización de clase —estatal y social— y el ejercicio de la dominación. El Estado y la democracia serán el reflejo del resultado de una correlación de fuerzas y, consiguientemente, instrumentos operados por una clase.

Las estrategias de profundización de la democracia parten de la concepción de que el Estado y el sistema político son condensaciones institucionales de la correlación de fuerzas y del enfrentamiento entre voluntades y, consiguientemente, capacidades hegemónicas distintas. La condición de posibilidad para viabilizar un proyecto político popular alternativo es la construcción de un bloque social que constituya hegemonía en la sociedad civil. Para ello, las instituciones de la democracia son las mejores correas de transmisión de la movilidad de que se produce en la sociedad.

Pero la democracia no es sólo un procedimiento. Es también un contenido para la “resolución” del problema nacional desde la perspectiva popular, cuestión que sobrevive y ordena la construcción socialista. El movimiento popular debe desapropiar del problema al Estado y convertir la cuestión en “nacional—popular”. Entonces convierte en acto su vocación nacional hegemónica, liberando a la sociedad de las tendencias autoritarias estatales.

La democratización creciente de la sociedad implica grados mayores de socialización del poder y, consiguientemente, de mayores esferas de la actividad social y económica. En este sentido, no hay contradicción entre socialismo y democracia. Más aún, la participación directa de las masas no puede oponerse a la existencia perfeccionada de las instituciones de la democracia representativa. La vocación hegemónica del movimiento popular en la comprensión de la democracia es hacerle ganar amplitud, profundidad y consecuencia.

En esta acción el movimiento popular, al apropiarse de los problemas nacional y democrático, los convierte en críticos de la organización del poder y empuja, a través de desbordes institucionales, a la consecuencia democrática. El movimiento popular ante las tendencias de concentración del poder en deter-

minadas instancias del Estado, reivindica la democratización como condición de posibilidad del ejercicio de su proyecto político alternativo.

En suma, la relación entre los proyectos de las organizaciones de centro político y los del movimiento popular se produce alrededor de los temas democracia y reforma. La constitución de un bloque social alternativo se atraviesa por la apropiación por parte del movimiento popular de la oferta del discurso centrista de una democracia basada en la participación popular. Desplegar esta capacidad de dirección política a través de la apropiación de los elementos interpeladores del discurso centrista significa reducir los efectos disgregados del sentido común y espontaneidad populares, más aún cuando la acción política se asienta en amplios contingentes de masas diferenciadas de clase.

II. ALGUNAS CARACTERISTICAS DE LA GESTION POLITICA DE LAS ORGANIZACIONES DE CENTRO EN LA DEMOCRACIA

1) En varios países la estabilización de la democracia representativa generalmente fue antecedida de intermitentes períodos de crisis de representación política. Estas crisis fueron motivadas por conflictos entre proyectos de modernización—transformación de viejas estructuras para la acumulación, que había llegado a los límites de posibilidad para impulsar el crecimiento y para constituir nuevos sujetos sociales(*). También fueron motivadas por una poderosa presencia del movimiento social que demandaba una radical redistribución de poder o por la presión de nuevos sujetos sociales por un espacio para su representación política y, en variado grado, por modificaciones en el sistema político.

La estructura institucional de representación política de esos sujetos sociales en transformación se derrumba.

Varias causas concurren en la crisis de estas formas políticas tradicionales tales como el “agotamiento” de sus proyectos por la incapacidad de generar desde la sociedad opciones modernizantes, la pérdida de significación de las diferencias inter-

* Desde otra perspectiva el problema que se plantearon los proyectos de modernización fue el papel del Estado como agente para la constitución de nuevas clases y fracciones.

partidarias, la imposibilidad de articular la práctica de nuevos sujetos sociales como los empresarios modernizantes producto de la industrialización y los efectos disruptivos, en variado grado, de la movilización "populista" sobre la tramoya del escenario político tradicional.

A la crisis se responde desde el Estado, que desarrolla un conjunto de políticas que devuelven personalidad social a esos sujetos, pero reconstituyéndolos. En esta acción de reconstitución de los sujetos sociales en crisis, los sectores medios desempeñan un papel importante.

En el espectro político tradicional, los sectores medios, a través de variados métodos y con diversa intensidad, construyeron un espacio social y una imagen nacional a partir de una proyección de sí mismos. A través de ellos se consolida la temática del cambio y la iniciativa estatal para la modernización social y económica.

La reproducción y ampliación de los sectores medios estuvo ligada a la dimensión del aparato estatal, en tanto en la sociedad se convierten en los portadores ideológicos de temas diversos como reforma, socialización, modernización. En este sentido, desde el Estado y desde la sociedad definen y cohesionan ideológicamente la reestructuración del espectro político, que en varios casos, derivará en una forma de redemocratización a través de partidos ubicados en el centro. La reconstitución ideológica y política de los sujetos sociales tradicionales metafóricamente puede ser calificada como una "junkerización" de la política y del Estado. En este proceso de cambio en varios países de la región se principaliza la contradicción entre una estructura institucional política arcaica y la presencia de nuevos sujetos sociales y tradicionales remozados. En tanto, en el contexto madura la demanda del movimiento popular por la socialización del poder, que se manifiesta en una presión ascendente por la democratización de todos los niveles de la sociedad.

En lo inmediatamente visible del conflicto político, este radica en la alternativa entre dictadura y democracia.

Estabilizar una forma democrática representativa significa crear una estructura institucional adecuada a las nuevas condiciones de la economía y a la vez expresiva de la nueva configuración del piso social. Esta estructura institucional precisa ser establemente legítima para lo cual debe crear espacios de concertación y normas de procesamiento de las contradicciones en el bloque en el poder y de éste con la sociedad. Esto, en tanto proyecto que permita superar el conflicto político visible.

La redemocratización aparece conjugando dos voluntades políticas. La modernización y democratización se constituyen en un discurso coherente bajo la dirección de los sectores medios para formar la base social de los partidos de centro. En sentido inverso, los partidos de centro acuden a los sectores medios, a quienes configuran como reproductores —correas de transmisión— de los mecanismos de la democracia ante los sectores subordinados de la sociedad.

Los sectores subordinados, en varios casos, responden a partir de un doble movimiento. De un lado, se constituyen en interlocutores de los proyectos de los partidos de centro bajo el rostro de los sectores medios. De otro, se convierten en interpe-ladores de la gestión pública y del poder social y estatal desde la perspectiva de la profundización de la democracia. En suma, en esta respuesta entienden a la democracia como una ampliación de la participación y la creación de canales institucionales de participación política.

En tanto este doble movimiento se mantenga en los límites de la racionalidad estatal y de la reproducción capitalista al margen de una crisis, es posible para los partidos políticos de centro entablar una relación directa con diversas fracciones del capital u orgánica con las instituciones que los personifiquen. Sobre esta base son posibles formas democráticas estables en las que se planteen temas tales como modernización y reforma, cambio y desarrollo.

2) En determinados períodos la democracia se ha convertido en un movimiento social general que desata fuerzas creadoras en distintos sentidos. Básicamente, la democratización levanta la temática de su profundidad, lo que principaliza los problemas sobre el “grado de participación tolerable” para “viabilizar la democracia” y sobre los métodos de lucha para rebasarlo.

La demanda popular que se constituye en la democracia puede tener un carácter disruptivo. El desarrollo de las formas y contenidos de la democracia pueden actualizar su virtualidad crítica. Ante la posibilidad, el centro limita su proyecto de modernización de la institucionalidad política. Refuerza los aparatos estatales de cooptación y trata de detener la politización real del movimiento popular. Argumenta para ello que en cada coyuntura específica se debe buscar la “democracia posible”.

La base última de la noción de “democracia posible” es la conversión del movimiento social por la democracia en racional-

lidad estatal. Es el Estado quien debe ejercer la conducción general del proceso "constituyendo" los contenidos y alcances de la demanda popular. Es —en la lógica del centro político frente al movimiento popular— el Estado quien debe agregar y racionalizar las diferencias y especificidades de la demanda popular y constituir la "políticamente" de un modo específico. Es decir, constituir un "consenso posible" alrededor de la política estatal y no de la demanda popular que se universalice.

De este modo, la estrategia del centro es estatal con asiento en la sociedad. Tratan de formar organizaciones populares en las masas atrasadas que se opongan a las de las masas adelantadas, hasta que se sujete su demanda a la racionalidad estatal y, en este sentido, no alcancen una politización real.

Correlativamente, los partidos de centro se autoconstituyen en actores políticos generando una imagen de eficientes administradores del aparato estatal que corresponde a la necesidad de construir un Estado moderno. La modernidad de la estructura política es simbolizada por la capacidad estatal para crear aparatos hegemónicos sólidos que sujeten la práctica social a los límites del equilibrio político y, en tanto ideologías, construyan una lógica para que la demanda popular se adecue a la viabilidad estatal. Mirada desde el Estado, el proyecto de eficiente administración, más allá del manejo coyuntural de los instrumentos de la política económica de fomento productivo, debe crear economías externas de largo plazo para el capital.

3) En la gestión política de los partidos de centro —social y estatal— son visibles deficiencias a nivel de su estructura. En la conformación orgánica de estos partidos (programas y aparatos) cristaliza la composición social heterogénea de su base. Los intereses sociales distintos que intentan expresar se reflejan en proyectos políticos compuestos por significantes contradictorios o indefinidos frente a las cuestiones políticas básicas y frente a aquéllas que suscitan conflicto.

La base social y los programas de los partidos de centro les hacen perder representatividad e interlocutores para su acción política. Por las mismas características, en el corto plazo, las alianzas o convergencias que conciertan tienden a ser inestables o poco representativas.

En tanto aparatos, los partidos de centro, presentan una fractura entre su estado mayor, cuadros medios y base. En muchos casos su existencia partidaria es la de su estado mayor, que tiende a conformarse como representación del consu-

mo de la sociedad y a quien se reduce la acción política. Las partes del aparato no se comunican por la interiorización del proyecto político en los representados, que se manifieste en una "disciplina orgánica". De este modo, la política reducida a las cúpulas reproduce formas de los partidos tradicionales basados en "notables".

Los partidos de centro provocaron rupturas electorales con los partidos de la derecha tradicional. Sin embargo, en su existencia política cotidiana manifiestan una misma estructura de liderazgo basada en "figuras políticas", que generan consenso electoral, antes que autosostenidos en sus propuestas y en su vinculación social orgánica. En este sentido, su militancia es débil y no son educadores de sus representados.

La base política de estos partidos se mantiene en los límites, mínimo de la estabilidad electoral y máximo de su manifestación como corriente de opción. No desarrollan la conciencia política de sus bases a través de la asunción del contenido político de sus propuestas. De este modo, son una traba objetiva a la politización real de las masas sujetas a su dirección.

En la constitución regional o sectorial de estos partidos reproducen generalmente las tendencias que deforman el desarrollo nacional. Nacen y se desarrollan "anclados regionalmente" y reducen su presencia nacional a proyectos de ocupación electoral del territorio. Para ello acuden a alianzas con formas de poder local o regional.

Al comprender la organización nacional como la ocupación electoral del territorio y reducir la heterogeneidad social a la ciudadanía electoral marginan cualitativa y cuantitativamente a importantes sectores poblacionales.

En tanto partido —programa las organizaciones políticas de centro expresan ideológicamente la agregación pluriclasista de su base. Sus programas no son consecuencia de una alianza orgánica de sectores sociales distintos expresada ideológicamente como tal, sino son difusos e inconsistentes frente a las cuestiones políticas más relevantes y conflictivas. La función del programa pareciera reducirse a la conquista de su electorado estable, aunque se rebaje la "calidad" de los objetivos a conseguir y, finalmente, se convierta en inexpresivo de su posición en el espectro político, compartiendo fronteras grises con la derecha tradicional e incluso con el discurso gremial.

Antes se había sostenido que en el origen de los partidos de centro están los temas de modernización y reforma, cambio y desarrollo y que su existencia estable en el espectro político de-

pende de la posibilidad de compatibilizarlos. Los programas no asumen la tensión entre los temas y, contrariamente, doblan sus objetivos que se transforman en conflictos en la lógica de sus discursos. Por ejemplo, el tema del cambio necesita de una definición explícita de los alcances de la redistribución política y económica y de la participación popular. En unos casos se opta por convertirlos en un enunciado, en otros, se los diferencia cualitativamente de la modernización y el desarrollo, tendiendo a enfrentarlos y, por último, se diluye la posibilidad crítica del discurso político reformista en los alcances deseables para el crecimiento económico.

Estas dificultades de constitución del nivel programático-político de los partidos de centro se reproducen a nivel técnico-político. Se presenta una recurrencia en estos partidos. Es el reconocimiento del monopolio estatal para el manejo técnico. En otros términos, la planificación concreta es tema del Estado. La agitación programática es tarea de los partidos, pese a que la imagen que proyectan es la necesidad de una eficiente administración estatal.

4) La presencia de los sectores medios en los partidos de centro y el tema de la eficiente administración del Estado configuran una mediación con la sociedad. La técnica y su personificación social —la tecnoburocracia— son los soportes del poder y la autoridad. La naturaleza del poder es técnica. Esta noción unifica la visión de los partidos del centro. Se diferencian en estrategias para asumir el problema de ¿qué fracción de la burocracia estatal o de la producción puede ser la portadora de la modernización y eficiencia estatal y social?

La imagen tecnoburocrática de poder, partido y Estado es acompañada del interés por provocar una ruptura con las formas políticas que acompañaron al “populismo”. Los partidos de centro le imputan al populismo irracionalidad en las demandas que levantan en su base popular, incoherencia en la conducción política por la presencia heterogénea de cuadros e ineficiencia ya que no alcanzan a distanciarse de las demandas y expectativas que generan y, se asienta en ellas.

La oferta de los partidos de centro de coherencia y eficiencia articula coyunturalmente a la demanda popular. Más aún, “racionaliza” el discurso interpelador de la masa. La estructura del discurso centrista hace perder los atributos críticos a la demanda popular.

Esta práctica ideológica del discurso centrista se enfrenta al proceso de formación y estado de la conciencia política popular y deslegitima al sistema político. En tanto, elementos antagonicos antiinstitucionales se reproducen, conservan e intensifican en la memoria política de las masas.

Esta característica de la gestión política del centro es especialmente significativa en dos niveles: el Parlamento y la planificación.

La actitud con que los partidos de centro afrontan la conformación parlamentaria refuerza sus debilidades tradicionales tales como no logran una estructura institucional adecuada para reflejar la movilidad de la sociedad civil, ni permitir líneas de continuidad estables con la base social representada convocando a las masas a su práctica cotidiana. De este modo, Parlamento y partidos de centro deslegitiman su actividad política.

La planificación en democracia es inmediatamente transparente respecto a las cuestiones políticas que anudaron el proceso de redemocratización. En este sentido, debe expresar a las partes de la correlación de fuerzas y la debe reorientar, dependiendo de la eficacia de la intervención estatal.

Cambio social y crecimiento económico se presenta en un solo discurso que debe generar consenso sobre las políticas y cohesionar la ideología estatales. Ahora bien, los procesos de democratización fueron acompañados por una aglomeración de demandas populares. Frente a ellas la planificación se debe convertir —en la lógica del centro— en un texto coherente revestido de racionalidad técnica. Al hacerlo, generalmente se evitó la participación de las masas y su voluntad política, lo que derivó en una ruptura entre la demanda política y la racionalidad técnica. De este modo, el centro aspira a que el discurso planificador sea el instrumento que dirima el problema de las vías para estabilizar la democracia manifestadas en el conflicto entre cambio social y equilibrio económico.

III. CONCLUSIONES

1) Las formas de redemocratización a través de partidos y fuerzas de centro político expresan, en general, tipos de equilibrio social o formas de estabilidad basadas en un momento social general por la democracia cuyo resultado parcial es la derrota política de los extremos (electoral o en otras formas de

competencia política). Al efecto, el centro político se convierte en interlocutor de las demandas democráticas apropiadas por las masas a través de la oferta de proyectos modernizadores de la institucionalidad política y de reforma económica y social.

2) Para viabilizar un espacio estable para la modernización y reforma económica y social el centro se constituye en proyecto estatal basado económicamente en un margen de excedente y políticamente, en el largo plazo, en construir una relación orgánica con el bloque en el poder, asentada en un consenso pluriclasista amplio.

3) El proyecto estatal del centro es el logro del equilibrio político. Frente a los sectores subordinados plantea una "democracia posible", basada en la limitación de la participación popular, en la aceptación del tutelaje político de los denominados "factores reales de poder" y en la represión a los extremos imputándoles un supuesto carácter antiinstitucional.

No obstante, existen convergencias posibles con proyectos del movimiento popular. Básicamente el desarrollo de la potencialidad crítica de los mecanismos y contenidos de la democracia a partir de un sistema político que la establezca.

BIBLIOGRAFIA

- CUEVA, Agustín: "El desarrollo del capitalismo en América Latina". 1977.
- FALETTTO, Enzo: "Estilos alternativos de desarrollo y opciones políticas. Papel del movimiento popular". 1981.
- y otros: "Movimientos populares y democracia en América Latina". 1979.
- MONCAYO, Patricio: "La confabulación de los contrarios". 1980.
- MOULIAN, Tomás: "Democracia y tipos de Estado: disquisiciones en dos movimientos". 1981.
- PORTANTIERRO, Juan Carlos: "Lo nacional-popular y la alternativa democrática en América Latina". 1980.
- : "América Latina: la mirada desde la sociedad". 1981.
- : "Sociedad Civil, Estado, Sistema Político". 1981.
- VARIOS: "Movimientos populares y democracia en América Latina".
- ZAVALETA, René: "Notas sobre la cuestión nacional en América Latina". 1981.